



ROA BASTOS CON EL PROF. VICTORINO POLO EN EL CAMPUS DURANTE EL CONGRESO

Encuentro de otoño con Roa Bastos



Victorino Polo

A HORA recuerdo la primera vez que vino a Murcia el autor de *Hijo de hombre*, cuando despuntaba la primavera de 1989, justo para clausurar el Ciclo *Escribir en Hispanoamérica* en el que habían participado numerosos colegas suyos. A la sazón, los Cursos de la Cátedra de Literatura Hispanoamericana de nuestra Universidad alcanzaban la plena madurez. Y Roa Bas-

tos significaba un broche de oro para el evento. *Hermosa ciudad esta de Murcia*, vino a decir con elogio convencido, suave la voz y medido el gesto, como todo en su comportamiento ejemplar, «me sorprenden la luz y la transparencia limpia del cielo, el matizado verdor del campo, la multiplicidad de colores, un auténtico regalo para el gozo de los sentidos. Pueden estar orgullosos de esta tierra, hecha todavía a la medida del hombre».

Lo recibí en la estación de ferrocarril y paseamos, calmosos, hasta el hotel. Una breve y sustanciosa conversación de gentes conocidas en la distancia, pero muy cercanas en el pensamiento y la sensibilidad frente a las cosas, junto al problemático mundo que nos rodea. Al día siguiente vino a la Iglesia de San Esteban como el mejor marco posible para su conferencia y coloquio, que resultó magistral, pese a lo comprometido del texto y la ocasión. Bajo el marbete *Literatura, pensamiento y libertad*, tenía que hablar de su testimonio personal como escritor, que prefirió titular *El autor como lector de su obra*, para producir un desnudo intelectual de gran calibre

Ponerse a reflexionar sobre qué significa este oficio tan antiguo de narrar historias, resulta saludable y aleccionador, una aventura que me ha deparado algún descubrimiento importante. Uno de esos descubrimientos se produjo, para mí, hace muchos años, con el hallazgo de un breve y sorprendente texto de Franz Kafka, que me mostró un ángulo nuevo en la lectura del Quijote.

El resto fue la gloria del descubrimiento y el gozo de los diálogos preñados de pensamiento y amor por lo creado y por el porvenir, que se avizoraba prometedor de signos favorables.

Pasaron dos años y de nuevo pisó nuestra tierra para coloquiar con estudiantes sobre los acontecimientos del Quinto Centenario, tan denostado, tan necesitado de exégesis y puntos de encuentro no necesariamente de acuerdo y bendición del pasado. Roa Bastos mostró siempre un talante comprensivo y, desde la esperanza crítica, ha venido a decir que todos procedemos de lo mismo, que la historia nos une para bien y para mal, que fuimos y seremos producto de aquella semilla y que el compartido claroscuro revela una lengua formidable que nos define frente al mundo, sin exclusiones, pero también sin anatemas inútiles. Con Cervantes y Kafka vuelve a decir

Imposible la separación de lo que es propio y lo que es extraño en la lucha espiritual del individuo y la sociedad. En un país como el mío, devastado por las guerras y los infortunios, desgarrado por el brutal maniqueísmo de los clanes, un escritor venía a

demostrarme que esta esquizofrenia colectiva podía y debía ser combatida y anulada, al menos en la literatura, si la literatura pretendía significar algo.

La pregunta voló como pájaro hacia el nido. Y nosotros, y todos los que vivimos con el compromiso a cuestas, en cualquier patria, en la tierra que nos dejan para el futuro

En el exilio comencé a escribir y continué escribiendo mi obra. No ha sido voluntario, desde luego, sino forzoso, puesto que sufrí varias expulsiones hasta que se me despojó de mis derechos de ciudadano... Fue en el destierro donde comencé a descubrir el verdadero rostro de mi pueblo, la trama de su destino, la causa y la naturaleza de sus terribles defectos, pero también sus innatas cualidades de generosidad y abnegación. Quise escribir la historia que es historia de ruinas. Su tema central relata el triunfo de la vida sobre la muerte.

Las calles continuaban discurriendo a nuestro paso, ya nocturno, y las parábolas de lo limitado eran válidas para el conjunto, para todos en la historia y en el presente. Pero ¿cómo era el escritor para nosotros, desde su perspectiva de hombre que intenta desvelar, siquiera un resquicio, de la terrible condición humana?

Esa parábola, en efecto, recorre obsesivamente mis libros. En particular los que componen el ciclo novelesco que, un poco convencionalmente, yo denominé *Trilogía Paraguaya*: las novelas *Hijo de hombre*, *Yo, el supremo*, y la que ahora estoy escribiendo. Tienden, a partir de las raíces de una colectividad, a expresar la dimensión universal, pero también histórica —y no puramente episódica y folklórica— de la naturaleza humana. Y lo he venido haciendo en busca de la realidad profunda de nuestra historia, de eso que llamamos la identidad de sus colectividades: su modo de ser, de hacer y de concebir el mundo y la vida.

El tiempo ha transcurrido, inexorable. Ahora sabemos algunas cosas más. Entre otras, que no apareció la tercera novela de la trilogía. Y no importa poco ni mucho. En su lugar, otras realidades inmediatas y de profundidad, han superpuesto estratos de vida, de emoción y de litera-

tura capaces de poblar otros desiertos, otras esferas y algunos espacios para descubrimientos nuevos. Y sin embargo, no quisiera de ningún modo, Augusto, que cerrásemos aquella segunda ocasión sin recordar los pequeños títulos que siembran el discurso de entonces: *Una extraña semblanza*, *El vicio maniqueo*, *El suicidio de Don Quijote*, *Lectura de la obra ajena*, *El proyecto*, *El autor como lector de su obra*, ¿a dónde apuntaban, cuál era la diana para sus flechas?

La respuesta no es difícil, aunque sí peligrosa, porque el tiempo fluye y se nos va de las manos. Cerremos, en alguna medida, el recuerdo de esos años. Desde la alegoría imaginada por Borges hasta los extremos sugeridos por Kafka, se extiende el arco infinito de las interpretaciones. Alguien abre un libro y lee. Y es leído, al mismo tiempo, por ese libro. Nadie lee impunemente un gran libro, nadie sale de él idéntico al que entrara. El lector va reescribiendo la obra a medida que la lee, haciéndose parte de esa lectura. El autor, en cambio, es aquél que ya no puede leer lo que ha escrito, porque el libro le ha vuelto definitivamente la espalda. Los lectores son siempre contemporáneos del libro que leen, mientras que el autor no es más que su antepasado, a veces su sobreviviente.

Sobrevivimos, pues, y no en balde. Pasan otros dos años y nos hallamos en el emblemático 1992, tan controvertido y estimulante para quienes algo esperamos todavía y trabajamos como si todo estuviera por hacer. Un gran caudal de agua bajo los puentes de París, pero también de Murcia y su cielo transparente.

Ahora intentamos el embite de la gran jornada inaugural para los nuevos tiempos. Si algo justifica los trabajos y los días de tantos años, de tantos siglos, es el comienzo renovado a partir de 1993. Así lo entendimos al convocar el Congreso *Literatura de Dos Mundos. El encuentro*, celebrado en la Universidad de Murcia durante los días 16 a 22 de noviembre del año del centenario. Pretendíamos que vinieran, al menos, todos los numerosos que ya nos habían visitado en ocasiones anteriores. Augusto Roa Bastos habría de ser un gran protagonista. Y lo fue de manera cabal y definitiva: basta repasar los medios de comunicación de aquellos días. Desde

la foto en inverosímil escorzo bajo el jacarandá del «campus», a su pausada y emocionada voz en cualquier emisora, todo se reveló desbordamiento de la inteligencia, la sensibilidad y las buenas maneras del escritor y del hombre.

— **¿Recuerdas que a punto estuviste de no venir, por el incordio de las comunicaciones epistolares?**

— Fue molesto y, sin embargo, contribuyó a fomentar la amistad. Lo pasé muy mal ante tu llamada telefónica, cuando descubrí que no habías recibido mi carta, en la que te anunciaba la imposibilidad física de venir en esas fechas. Pero todo resultó bien y aquí estoy para vosotros, como siempre.

Lo explicaré yo, para que su modestia sufra lo menos posible. Sucedió en octubre. Yo tenía que asistir a la presentación de *La vigilia del Almirante*. La editorial o Correos produjeron el habitual retraso y pasó la fecha sin mi conocimiento. Unos días antes del Congreso nuestro, levanto el auricular para concretar los detalles de su viaje a Murcia. Y, con desolación por ambas partes, me pone al corriente del equívoco: tampoco yo había recibido su amabilísima carta personal en la que me explicaba la situación y aplazamiento del viaje para fechas más oportunas. La causa fundamental era el viaje a Hispanoamérica para recibir numerosos homenajes. Me pidió unos minutos de reflexión. Al cabo de media hora sonó mi teléfono.

— **No te preocupes, Augusto. Aquí lo tenemos todo preparado para tu recibimiento, pero es más importante tu ya comprometido viaje, tan compensador para ti.**

— Olvida la historia. Tengo que ir a Murcia, es importante, y en Murcia estaré los días del Congreso. He hablado con mis amigos americanos y lo han entendido. Aplazamos lo de allá. Nos veremos en esa tierra tan acogedora, entre tantos amigos. Hablaremos con gusto.

El resto ya es conocido. Estuvo aquí como el gran hombre que es, como el magnífico escritor que todos conocemos. Y hablamos largo y tendido. Habló con todos los que lo desearon, que fueron todos. Y a todos dejó con el asombro

colocado en el hondón del alma, en los últimos cuévanos del espíritu, deslumbrados por la inteligencia en el espejo de su verbo fluido, cordial, esencialmente amistoso y llamativo, conmovedor y estimulante, para el recuerdo que perdura.

Se produjo el abrazo al atardecer, en el Arco de San Juan, cabe la mesa colorista del «Encuentro» y en presencia de la joven azafata discreta que lo acompañó desde el aeropuerto. Me hizo subir a su habitación «porque quiero entregarte una pequeña cosa que te traigo de Madrid». Mientras dejaba entrar el primer soplo de la noche por la entreabierta ventana, tenía en mis manos el primer ejemplar de la última edición de *El baldío*, la colección de relatos que tanto me gustó siempre.

— **Ha quedado muy bien. Edición de bolsillo, ligera y elegante, propicia para la distribución y la lectura. Merece la pena porque habrá de llegar a mucha gente. ¿Cómo lo ves?**

También a mí me gusta. Entra de pleno en la órbita que ahora me preocupa más: que la gente lea lo más y mejor posible. Sabes que estoy muy ocupado con la Fundación nacida a la sombra del Premio Cervantes. Y la lectura es una de mis grandes pretensiones. De manera especial, que los niños y los adultos aprendan a leer. En mi tierra, en mi país, el grado de analfabetismo integral es desolador, un altísimo índice de la población no sabe leer y a ese empeño van orientados muchos de mis esfuerzos.

Debo aclarar que la concesión del Premio Cervantes a Roa Bastos fue una auténtica fiesta para quienes somos sus amigos y, estimo, para toda persona mínimamente preocupada por el mundo de la cultura. En él se ha reconocido a un gran escritor; pero también a una excelente persona permanentemente comprometida con el hombre y sus circunstancias adversas. Es indudable que una de las hondas razones de su dilatado destierro esté, precisamente, en esa preocupación por los desposeídos, por los menesterosos de la tierra, por las gentes tan cercanas a él que viven, todavía ¿y por cuánto tiempo?, en la más desgarrada marginalidad.

Pues bien, al recibir el Premio Cervantes se comprometió a crear una Fundación para ocuparse de estos menesteres culturales básicos, en

principio, para lo cual depositó el dinero íntegro del Premio y solicitó, con éxito creciente, el apoyo y patrocinio de las diversas Instituciones Internacionales. Su trabajo es inmenso y merece toda publicidad y apoyo, pues que la empresa es de gran alcance y se mueve dentro de los exigentes límites de la hominización elemental a la que cualquier persona tiene derecho desde su nacimiento. Una red de bibliotecas primarias, un bien montado sistema de medios y métodos de lectura suponen el entramado básico para ulteriores empeños.

— **En este sentido, Augusto, recuerdo una pequeña anécdota de mis tiempos de Maestro de Enseñanza Primaria, en tiempos difíciles de mi país. Existían las llamadas «clases de adultos», para gentes iletradas. Y se troqueló una expresión que aún me place: «redimir a los analfabetos». El verbo «redimir» lo estimo espléndido de semántica.**

— Cierto y de acuerdo en sus extremos. Quien no lo ha vivido, no puede saber el grado infrahumano que significa no poder leer la propia lengua, ni ninguna otra, claro. Yo estoy muy ilusionado con la Fundación y espero los mejores frutos. Por el momento, no puedo quejarme de la acogida. Y agradezco a todos las ayudas que nos están proporcionando. Continuaremos con las puertas abiertas para todos.

Las puertas abiertas y no al campo precisamente. Por una de ellas, de par en par, penetra la luz de la Literatura. O sale al exterior, vaya usted a saber, que en esto de la palabra escrita para la imaginación, los caminos suelen ser inescrutables. Cristóbal Colón a la palestra. ¿Por dónde, Augusto, los caminos para su imagen literaria?

La novela del Almirante —que en ningún momento osa decir su nombre— no pretendió ni pretende ser más que eso: una de las tantas fábulas que se pueden narrar sobre un personaje mítico: no su falsificación o mistificación, sino una puesta en escena del imaginario colectivo a través de la obsesión de narrar en que arraiga el imaginario individual, el más libre posible en cuanto a inspiración, lenguaje y escritura.

Lo propio del mito y de la obsesión de narrar son precisamente estas reverberaciones de la imaginación y de la memoria en torno a la fantasmagoría de la realidad histórica sobre la cual el tiempo ha operado sus casi infinitas metamorfosis más allá e incluso, tantas veces, en contra de los documentos que pretenden fijar científicamente la veracidad de los acontecimientos. A la ficción no le interesa más que la verosimilitud que se desprende de ellos; verosimilitud que torna naturales la fantasía y el delirio en el corazón mismo de la realidad, en el brumoso paisaje de la historia.

Estas propiedades de la ficción tienen una tradición muy antigua. Las sagas heroicas de la antigüedad; y más atrás aún, en las edades arcaicas, la lenta y portentosa elaboración de los grandes libros míticos que los pueblos escriben para que los particulares lean, fueron reemplazados de alguna manera por la épica, por la novela, la poesía, el teatro. Las Escrituras sacras fueron sustituidas por las letras profanas; las historias de Dios por las historias del hombre en su relación con el tiempo y la eternidad.

— **Metafísico y agudo problema el de la relación hombre-tiempo-eternidad. ¿Puede asistir razón a Machado cuando habla de «palabra en el tiempo» como causa última y primera de lo literario, que deviene poético en definitiva?**

— Te responderé un poco al sesgo y través. Para mí la literatura nunca fue una actividad placentera, quizá por mis orígenes de un país que ha sufrido una historia infortunada. Ahí puede enraizarse lo de Antonio Machado, por mi enfrentamiento con una realidad dolorosa que produce angustia al tratar de transcribirla. Por eso no encaro mi obra como un artista que persigue el esplendor del mundo, sino que afronto la realidad profunda de la miseria y el sufrimiento humano. Todo eso me ha conducido a sentir que también la literatura es un servicio penoso rendido a la humanidad, a todos y cada uno de los hombres lanzados en el mundo, arrojados entre las cosas del universo. Sin embargo, deseo añadir algo sobre el Almirante, pues que en esta novela se produce un cambio profundo, al descubrir que he trabajado muchos años sobre el lenguaje del exilio. He recuperado un español sustancial, incluso más correcto que el que hablan muchos españoles. Alguien ha destacado el mérito

de un lenguaje bien hecho y con él he regresado a las fuentes primigenias. Yo descendo de españoles, de vascos, y he recuperado el idioma original que desconocía. Es uno de los más reconfortantes descubrimientos íntimos, realizado según la andadura de la propia novela.

— **Nos invade la nostalgia de lo que fue y permanece. Pero sobre todo el recuerdo de lo que fuimos, nunca debimos dejar de serlo y lo vamos recuperando para el porvenir que nos aguarda. Los paraísos perdidos ¿lo fueron alguna vez, permanece algo de su esencia y aún de su existencia misma? No quisiera revivir el *ubi sunt* y, sin embargo, ¿qué pervive de Iturbe, de Lucio Roa, del Obispo familiar?**

— Ahí están y permanecen, vaya si permanecen en el hondón unamuniano del alma, de la memoria que va y viene y nunca desaparece. Están por aparecer en una novela largo tiempo gestada y acariciada, removida por las continuas aguas de la vida que sigue y sigue, cambiante y, al propio tiempo, idéntica, como los ríos heraclitianos. Es un texto detenido más de cuarenta años, toda una vida. Y se llamará, precisamente, *Contravida*, con toda esa realidad, que sigue viviendo cada vez con más intensidad y claridad en mi interior. Es probable que sea la última novela que me decida a escribir y después vendrá el silencio para mi literatura. Por eso mismo deseo titularla *Contravida*. Porque sucede que esas historias casi prenatales no las recuerdo con la consciencia de la razón y de la lógica del acontecer histórico, aunque sí recuerdo pequeñas cosas que, luego, mis padres me confirmaron. Los recuerdos de la infancia terminan siendo los más nítidos. Es cierto que los tales paraísos nunca se pierden, permanecen siempre para emerger cuando convenga, en el atardecer que todo lo perfila.

— **Cabalgas por el recuerdo y, sin embargo... Los hombres como infinita cadena que hace preceder el tiempo y eterna la geografía. Eso, al menos, suele decirse. Y el exilio y los años sin cuento de la vista vuelta atrás y las nuevas realidades y Europa y España. Y tantas cosas que se suceden, incluso pueden ser sucedáneo de otras muchas más propias y cercanas. Al cabo, ¿se olvida todo, envuelto en la bruma de una nueva realidad?**

— Con desgracia, el gran riesgo de los exilios es el olvido, el desajuste con los nuevos modos, el desarraigo y la extranjería en el propio solar. Volvemos, de nuevo, a Heráclito. Todo cambia, también los países. Y entonces pareciera que se extiende una película en negativo sobre la realidad nueva y se produce el escalofrío de lo ajeno mutuo. No encajan los perfiles, los contornos, los colores. Mi país ha cambiado. Yo, como persona y ser vivo sin más, también he cambiado. El resultado es que, en mis viajes a Paraguay, he venido a darme de bruces con cambios exteriores, necesitados de una nueva perspectiva. Mi cambio ha sido también profundo, mucho más interiorizado. Unidas ambas cosas, no cabe duda que se impone una perspectiva para evitar que se borre la memoria. Y para no permitir que el futuro se vea comprometido por una especie de situación apátrida irremediable y debeladora de valores esenciales, entre los que se halla la solidaridad en primer plano, para toda remisión. Ello me conduce, casi siempre, a la literatura con las pocas obsesiones que conserva el novelista, el narrador de historias en apariencia extrañas, pero siempre identificadas con sus propios demonios familiares. En mi caso lo he dicho con insistencia, la obsesión más recurrente es la del poder absoluto, que suelo entender como la causa central de la violencia en el mundo. El poder en cualesquiera de sus manifestaciones desaforadas y perversas, todo lo que sea capacidad ejercida de someter al hombre por el hombre y reprimir al semejante por los medios antinaturales posibles. Mientras exista tal inclinación, la intencionalidad irrefrenable de implantar el poder a toda costa, la violencia que domina el mundo no cesará. Y nos está conduciendo, de manera irreversible, a etapas de altísimo riesgo. Casi osaría decir que al peligro evidente de suicidio planetario.

— **Conviene, pues, continuar hablando de literatura. Quizá tuvieron razón Boecio y Casiodora al hablar de la consolación por la filosofía. Pudiera producirse una transmutación de términos y la Literatura ser otro modo de consolación, catarsis o pertrechos intelectuales y sensibles para afrontar este valle de lágrimas en el que, no inútilmente, nos hallamos inmersos para que la humanidad camine.**

— Pudiera ser, aunque no estoy muy seguro. Quizá lo sea en plenitud para el escritor, que se

libera de sus demonios a través de la escritura y hace emerger mundos compensadores. Pero están los lectores, las grandes capas de personas a las que pueden y deben llegar los libros, las creaciones. Es indudable que los clásicos continuarán siendo grandes y obligados puntos de referencia para todo esto. Y sin embargo, hay datos no demasiado esperanzadores, a tenor de los caminos que la literatura ha empezado a recorrer. De una parte, esos clásicos no están siendo relevados por otros escritores de similar categoría. De otra, gravita el mercantilismo y el fetiche de los premios literarios. En Francia, por ejemplo, todos los escritores trabajan para los ocho grandes premios que existen. La producción literaria continúa siendo una actividad de minorías para minorías. Y no hablemos de Hispanoamérica, donde la literatura, para nuestra desgracia, contempla la miseria y la pobreza en que están sumidos allá los seres humanos. Claro es que, bien pensado, esa permanente situación humillante y degradada pudiera verse paliada, en alguna medida, por el alimento espiritual que los libros comportan. Así entendida, sí se puede hablar de consolación por la literatura.

— **Un triste consuelo, en todo caso. Escrito está que la felicidad no tiene historia y tan sólo el dolor humano es el gran protagonista de la creación literaria. Y lo cierto es que la realidad histórica debiera cambiar el signo y la pretensión. Hemos nacido para la gloria, se nos dice. Pero, ¿cómo encontrar sus caminos? El arte de la palabra pudiera concitar el pensamiento y la sensibilidad despierta. Un libro es una ventana abierta al infinito y, sin embargo, ¿cómo predicar el evangelio en medio del hambre y la desolación? Escribir historias de otras gentes, con la imaginación al fondo, ¿no debiera conducir al placer que libera y diferencia al hombre del resto en la escala zoológica? Un texto bien escrito, Augusto, tendría que producir el deslumbramiento de la felicidad.**

— Debo hablar de mi propia experiencia. Para mí, como te decía, la literatura nunca fue un trabajo placentero, ni siquiera un divertimento en el sentido renacentista o musical de la palabra. Quizá porque provengo de un país que ha sufrido una vida de intenso infortunio. Ha sido de continuo el enfrentamiento con una realidad dolorosa y, por tanto, el intento de transcribir esa realidad también se ha convertido en dolor. Por eso he tratado de afron-

tar mi obra no como un artista que, por principio, persigue sólo el esplendor del mundo, sino también intentando aprehender la profunda y conmovedora verdad de la miseria y el sufrimiento humano. Todo eso me ha conducido a sentir que la literatura también es un servicio impregnado de dolor. Con la única excepción, quizá, de *Vigilia del Almirante*, en la cual descubro, como antes hablábamos, el placer del idioma, de la lengua que va construyendo un texto bien hecho, bien escrito.

— **Pudiéramos estar hablando hasta el infinito y nunca terminaríamos de desbrozar las trochas y caminos, no ya de la utópica libertad, pero ni siquiera de la literatura más allegable al común de los mortales. ¿Qué sucederá contigo como escritor en los próximos tiempos? ¿Está todo escrito? ¿Tendrán razón La Rochefoucauld y Gide al presumir clausurado el clásico «nihil novum sub sole», también en el comprometido mundo de la palabra escrita por y para la imaginación y el sueño?**

— Conuerdo con tu presunción. Durante una larga temporada he tenido el sentimiento de que ya todo estaba escrito y dicho y contemplado. Los temas de conversación en el mundo literario son exiguos y repetitivos y, en el mejor de los casos, giran en torno a la materialidad de la creación. Es preciso eludir esa sociedad, por endogámica y estéril. Pero hay un compromiso colectivo humano con mi país, Paraguay, prácticamente una isla en la inmensidad del mar. Y ello me ha devuelto a la literatura. He regresado a viejos proyectos, a nuevas prospecciones y dentro de poco aparecerán tres libros que, con toda probabilidad, cerrarán mi ciclo vital como escritor. Y lo proyecto ahora porque durante algunos años no me consideraba en condiciones de obtener el nivel óptimo exigible a un escritor para producir nuevos libros. Era una especie de sufrimiento casi físico del desarraigo. De manera que continuaba escribiendo clandestinamente, porque no consideraba honesto publicar obras que consideraba por encima de mis deseos. A la postre, van a ver la luz tres libros cercanos y en cierta medida complementarios. En primer lugar, *Un país detrás de la lluvia*, culminación del ciclo sobre el poder y la tiranía: será una historia de amor en el contraluz del poder y ofrecerá la salvación del protagonista gracias a la mujer. *Contravida*, como recuerdas, será un retorno

a las fuentes originarias del vivir. Y *Retablo del sobreviviente* presenta la historia de la única persona que sobrevive a la hecatombe planetaria, cuyas causas se desconocen: su regreso a la vida trata de reflejar la tremenda angustia humana frente al gradual proceso destructivo que está padeciendo el mundo. Me sirven de inspiración los versos de Alberti en los que afirma que también se muere el mar. Porque sucede que el mar se está muriendo realmente.

Y pues que la muerte gravita en tus palabras, volvamos a la clasicidad. Me viene al corazón la imagen del Ave Fénix, que renace de sus propias cenizas. Morir para vivir. O mejor todavía, de la destrucción que nos ofrecen, siempre podrá brotar una fuente de resurrección y esperanza, el machadiano «rayo de un camino en la montaña».

— **Podríamos en esta tesitura, si te parece, clausurar la conversación amena que se ha producido mientras transitamos las calles y rincones de nuestra pequeña ciudad mediterránea.**

— No desearía que terminara, pero podemos hacerlo. Aunque quizá sea mejor el aplazamiento. He vivido unos días esplendorosos, junto a tantos amigos, en medio de tantas estimulantes conversaciones. Es la enésima vez que vengo a Murcia y no será la última. Alguien ha dicho estos días lo que todos compartimos: esta ciudad es un cordial punto de encuentro para la comunidad literaria hispanoamericana. Aquí estaré siempre que convenga, mi corazón está con vosotros, con todos nosotros.

— **Ya sabes que os esperamos en vacaciones, en el verano mediterráneo, junto al mar. Allí teneis vuestra casa para compartirla juntos. Gracias por tu generosidad.**

— Gracias a ti por la vuestra. Hace unos años iniciamos una hermosa amistad. Hoy hemos vuelto a renovarla. Y así habrá de permanecer, como el movimiento del mar, en perpetua renovación de afecto y de palabra.